



*Lengua labrada*

## **Confrontaciones de la exclusión social en *El fin de la pornografía* de Ricardo Chávez Castañeda**

Anahí González Hernández

*Secretaría de Cultura, Gobierno del Estado de  
Colima*

### **Resumen**

**E**n 2017 inicié una investigación de la obra de Ricardo Chávez con el propósito de hablar sobre la sexualidad masculina y algunos de sus significados culturales en el imaginario simbólico de la sociedad mexicana. Es desde la perspectiva de la exclusión social por medio del cuerpo incompleto de donde surge el diálogo entre los conceptos de lo *abyecto* con Judith Butler y el *estigma* de Erving Goffman, como un punto de confluencia que identifica a dos tipos de personajes: excluyentes y excluidos. En este ensayo se propone analizar a los personajes masculinos de *El fin de la pornografía* (2005), con perspectivas teóricas para observar las confrontaciones ante situaciones de estos cuerpos que no encuentran cabida en una determinada cosmovisión social.

### **Palabras clave**

Exclusión social, abyecto, excluyentes, excluidos, sexualidad masculina.



Hitchcock in my mind 4 (fragmento). Fotografía de Luis Amézquita

## ***Confrontations of social exclusion in *The End of Pornography* by Ricardo Chávez Castañeda***

### **Abstract**

In 2017 I started the thesis research in this novel by Ricardo Chávez with the purpose of talking about male sexuality and some of its cultural meanings in the symbolic imaginary of Mexican society. From the perspective of social exclusion through the incomplete body arises the dialogue between the concepts of the abject with Judith Butler and the stigma of Erving Goffman, as a point of confluence that identifies two types of characters: excluding and excluded. In this essay it is proposed to analyze the male characters of *The End of Pornography* (2005) with these theoretical perspectives to observe the confrontations of these bodies that do not fit into the social worldview.

### **Keywords**

Social exclusion, abject, exclusive, excludes, male sexuality.

Entre algunas de las temáticas principales que marcan la literatura de Ricardo Chávez en diferentes estrategias narrativas, surge la necesidad de hablar sobre una de las propuestas creativas que no ha tenido precisamente estudios críticos al respecto (salvo estudios de Ramón Alvarado Ruiz), me refiero al *cuarteto de los fines*: cuatro novelas donde se termina un ciclo de existencia para dar paso a algo nuevo, sin saber qué es exactamente. Como si fuera una fórmula apocalíptica en la narrativa de Ricardo, encontramos elementos o temas recurrentes como: la pérdida, la destrucción, el vacío y la muerte.

El proyecto inicial consiste en cuatro novelas donde Ricardo Chávez destruye a la humanidad quitando algo de vital importancia para los personajes. Aunque en un principio tituló las cuatro obras con la fórmula textual que menciona la palabra *fin* —como se observa en los títulos de publicación—, éstos fueron distintos, quedando de la siguiente manera: El fin de la tragedia se publicó como *La última epidemia de risa* (2011); El fin de la guerra como *Sin aliento* (2011); El fin de la narrativa como *Mataniños, matapadres* (2017) y la única novela que sí conserva el nombre original es *El fin de la pornografía*, publicada en 2005.

Después de este breve repaso, necesario para la panorámica que pretende este ensayo, centraré la atención en uno de los cuatro fines para analizar el tema de la exclusión social, que se muestra en esta obra a través de los cuerpos incompletos. Podemos observarla como una preocupación (si se puede llamar así) generalizada en un amplio campo de la literatura, donde escritores contemporáneos como Mario Bellatin, Gabriela Torres, Guadalupe Nettel, Paulette Jonguitud, David Miklos, por mencionar algunos, hablan sobre estos cuerpos mutilados o diferentes y cómo es que las sociedades los excluyen o limitan como parte de un instinto humano, sea consciente o inconsciente. Al final del día, responden a estructuras de creencias y cosmovisiones predeterminadas por un contexto, como lo explica Clifford Geertz en su *Interpretación de las culturas*.

En *El fin de la pornografía* observamos una forma de exclusión social llevada a una situación límite de los personajes masculinos: la ausencia del miembro viril. Debido a que éstos son sometidos a una especie de epidemia que los coloca en el límite de su capacidad



de comprender el porqué les ha sucedido eso; en un repaso histórico de las castraciones genitales, Ricardo Chávez la expone como la peor de todas, puesto que es un castigo divino con el claro propósito de cortar genealogías.

En el primer capítulo de la obra existe solo un personaje que se encuentra en la condición de castrado. Su mutilación genital responde al desprendimiento de su miembro viril, más no de sus testículos, lo cual implica un giro de significado al tipo de castración que es el común denominador cuando se habla de esta cuestión. Según José Antonio Díaz en su amplio estudio *Eunucos. Historia universal de los castrados y su influencia en las civilizaciones de todos los tiempos* (2014), la práctica de la castración —refiriéndose a la mutilación de los testículos— respondía principalmente a necesidades de fuerza-trabajo-producción, y era usada como técnica para que los animales de trabajo en el campo agrícola desarrollaran toda su fuerza a las tareas de la siembra. De forma similar castraban a los esclavos, para que funcionaran mejor en las actividades de campo o construcción.

Las versiones y razones de las castraciones cambian de una civilización a otra, sin embargo, la mutilación genital que consiste en retirar el miembro viril tenía como fin hacer que los esclavos capturados fueran alimentados mientras subían de peso y, una vez que lo hacían, eran devorados por los caníbales. Esta modalidad de la castración tenía motivos gastronómicos. Existen registros de los cronistas de Indias en América, donde describen el procedimiento de la *castración accidental*, la cual implicaba el uso de venenos o sustancias irritantes para hacer crecer el tamaño del miembro viril (semejando esta práctica con el Kamasutra hindú sobre la virilidad), con técnicas que van desde un piquete de ciertos insectos que segregan sustancias urticantes hasta “bañarlo en diversos zumos y cocimientos de frutos y semillas” (Kamasutra, s.f.: 315).

Si bien se ubican los eunucos, los castrati y los esclavos, aunque los motivos difieren en circunstancias importantes, sí comparten algo en común: la castración como acto simbólico de la sociedad para preservar un orden o estilo de vida regido por las estructuras de dominación. Los eunucos son considerados como seres cercanos a las divinidades y portadores de cierto poder político, de tal forma

que inciden en la vida político-religiosa; los castrati, en Italia, eran considerados como seres portadores de voces únicas y especiales para la ópera; finalmente, los esclavos eran aprovechados como bestias humanas para el trabajo o como alimento para ciertas civilizaciones ubicadas en América. Como se observa, hay un peso histórico-político detrás de lo que implica la castración de una persona. Si observamos con mayor detenimiento, la historia muestra que el sentido simbólico de la castración para Europa occidental y el viejo oriente, en sus acepciones más antiguas, se carga hacia lo sublime o ritualístico. ¿Qué significados culturales encontramos de las castraciones en un país como México? La propuesta de la exclusión social que propongo trata de confrontarnos a responder una cuestión de este tipo. No obstante, observemos por medio de los personajes algunas de las posibles respuestas.

La pérdida del miembro viril coloca al personaje en un estado de exclusión debido a la carga simbólica en la nueva condición como castrado; una vez que el personaje se encuentra en esta situación límite, deja de pertenecer a la sociedad descrita para tratar de buscar su propia genealogía o aceptación.

Se identificarán entonces dos tipos de personajes determinados por sus condiciones sociales y ontológicas en el universo narrado de la novela: los personajes castrados, quienes fungen como los excluidos, y los personajes completos o normales, que excluyen a los castrados y, por tanto, se denominan como excluyentes. Se plantean también algunos elementos identificados desde la perspectiva *Queer*, en específico de Judith Butler con la propuesta de lo *abyecto*, para mostrar al personaje excluido y cómo se presenta una sociedad que es excluyente de aquello que no está dentro de su cosmovisión u orden de cómo deben ser las condiciones del hombre para que sea aceptado en ese espacio social:

En la pornografía quito el pene, no lo sabes en el libro, pero es una especie de epidemia en la que estás desvergando al mundo, entonces qué pasa con la sexualidad, con la pornografía, con las relaciones humanas. La pornografía lo que hace es llevarte más allá de los límites y los consumidores de pornografía buscan eso. Para mí el más allá es el límite de eso, ahí nos damos cuenta de que la pornografía es un mundo bien masculino (Méndez, s.f.: 22).



Precisamente, en esta condición de castrado se retoma una característica de aquello que, al estar fuera de la norma, no es normal ni en su concepción física ni en su estructura mental, por lo tanto, no es aceptable. Desde los estudios *Queer* puede ser designado como raro, no convencional o fuera del orden. En este sentido, Judith Butler habla sobre los cuerpos y cómo es que hay identidades que son rechazadas y excluidas porque existen estas formas de identificación o rasgos que permiten a los sujetos integrarse o alejarse de la sociedad que los contiene. Al respecto, Butler (2002: 20) menciona que:

La abyección implica literalmente la acción de arrojar fuera, desechar, excluir y, por lo tanto, supone y produce un terreno de acción desde el cual se establece la diferencia [...]. La noción de abyección designa una condición degradada o excluida dentro de los términos de la socialidad.

Esta abyección en el personaje castrado es el resultado de estar fuera del *ethos* de la sociedad (el *ethos* está en comunicación y va de la mano con la cosmovisión de una sociedad o cultura determinada, y se refiere a los valores morales o éticos); en este sentido, lo abyecto permite observar al menos una característica de la cosmovisión de la sociedad descrita en la obra: los hombres castrados —al no estar completos— quedan fuera de los modelos masculinos de la sexualidad:

Hasta ahora las proporciones parecen ser uno a mil, uno de mil, uno por mil —retoma el discurso *el hombre de blanco* cuando el video llega a su término con las imágenes de los cuerpos desangrándose en el suelo—. Una contienda por imponer y defender una *normalidad*, una mayoría [...] *Protegernos* [...] *cuan-do somos agredidos* [las cursivas son mías] (Chávez, 2005: 162).

Los personajes excluyentes se sienten traicionados por esta nueva forma de estar en el entorno: los castrados —quienes son vistos como una amenaza— comienzan por controlar la forma de que la sociedad perciba y observe la gran transgresión que se está haciendo a las estructuras que definen su idea de virilidad, o mejor dicho aún, su idea de lo que es ser hombre. El mundo narrado en esta obra plantea una serie de situaciones perversas que la sociedad ha



tomado como medida para evitar más castraciones: consiste en hacer del conocimiento público, por medio de programas televisivos, cómo se ve un castrado y mostrar hasta dónde es capaz de satisfacer a la mujer que lo seduce, hasta el punto de cometer homicidios mientras la transmisión sigue en vivo.

Mientras los personajes excluyentes fungen como falsos héroes al tratar de alejar esa peste de castrados, se tornan en un mayor nivel de inhumanidad al exhibirlos en escenas de sexo fallido; una vez que identifican a un castrado, lo humillan y lo asesinan. El personaje principal desvergado es consciente de esta situación y el destino que le espera, así que decide ocultarse en la casa para vivir allí su pérdida. Este ocultamiento que transcurre en días, es vivido por el personaje en condiciones deplorables, ya que, su cuerpo al igual que el espacio que habita, se vuelven cada vez más demacrados e incluso lastimados, como otra característica de lo abyecto:

Lo abyecto designa aquí precisamente aquellas zonas invivibles, inhabitables de la vida social que, sin embargo, están densamente poblados por quienes no gozan de la jerarquía de los sujetos, pero cuya condición de vivir bajo el signo de lo invivible es necesaria para circunscribir la esfera de los sujetos [...]. En este sentido, el sujeto se constituye a través de la fuerza de exclusión y la abyección (Butler, 2002: 20).

Es evidente que se rehúse a abandonar la casa, aunque al final lo asesina un grupo de hombres (que no están castrados), decididos a terminar con la *epidemia*. Pero, ¿cuál es la causa de este desperfecto biológico y por qué la sociedad considera que es malo o desagradable? Científicamente, el autor se limita a explicar el porqué de los desprendimientos de los miembros viriles; sin embargo, se remonta a la historia cristiana de los leprosos para explicar el aislamiento y la insensibilidad de la sociedad *normal* ante los castrados:

*Se crearon comunidades para reunir y desterrar así. Cubierta la cara, cubiertas las manos y los pies, cubierto cualquier resquicio de piel. Estaba prohibido desplazarse sin hábito y sin poner bajo advertencia la propia presencia agitando una campana. No tocar nada, no posar la mirada en nadie, no beber de ríos, no ponerse a favor del viento en los caminos, no ser enterrados con otros [las cursivas son del autor] (Chávez, 2005: 106-107).*



La sociedad plasmada está deshumanizada debido a que en ningún momento intentan buscar una cura o solución al problema, al contrario, pareciera ser que la única opción es exterminar a los desvergados antes de que contagien también a los niños. Las calles de la ciudad empiezan a quedar deshabitadas: ya no hay niños jugando en las calles, en las escuelas o en los parques. El temor de los padres de que sus hijos se conviertan en castrados los ha hecho esconderlos o enviarlos lejos del lugar.

Por otra parte, los personajes femeninos que aparecen en esta obra también se excluyen, aunque de una forma pasiva, ya que, si se niegan a efectuar las escenas ridiculizantes de sexo para evidenciar la ausencia del miembro viril, serán asesinadas por demostrar apoyo hacia el grupo de los excluidos. ¿En dónde se concentra entonces este poder de excluir al otro, si son los personajes femeninos los que también se alejan de este círculo de poder? La respuesta puede referir a aquellas figuras masculinas que Ricardo Chávez carga de sentido hacia lo canónico, en cuanto al ideal sobre la sexualidad masculina. La posibilidad de una nueva realidad del hombre se corta, alegóricamente, para volver una vez más al modelo machista, donde recaen las fuerzas de poder y desde ahí se normaliza el sexo o la sexualidad de los individuos.

En este sentido, Bourdieu habla sobre la dominación simbólica donde existen ciertos principios de visión de las cosas (podríamos semejarlo con el *ethos* y cosmos de la sociedad) que permiten sistemas de oposición, basados en un modelo falocéntrico, a partir de que lo masculino se asocia a lo positivo, lo activo, mientras que lo femenino es negativo y pasivo y de esta forma los sexos son contruidos relacionamente. Sin embargo, este esquema o apreciación ocurre desde una consciencia heredada; es decir, existe una serie de elementos arraigados sobre la normalidad de los cuerpos —hablando en el sentido de una dominación simbólica desde la sexualidad, en este caso sobre los castrados— que es representada por medio de la masculinidad y que se defiende ante el modelo del cuerpo abyecto, extraño y que no es inteligible, por lo tanto, es excluido.

De acuerdo con el estudio de Erving Goffman acerca del uso y significado de la palabra estigma, este concepto abarca más allá de una simple categoría social, implica la transversalidad de los di-



ferentes campos de estudio que abogan por explicar la deshumanización de las sociedades, desde la psicología hasta los estudios culturales y la antropología. En este sentido, Goffman (1986: 15) explica sobre el estigma que:

Un individuo que podía haber sido fácilmente aceptado en un intercambio social corriente posee un rasgo que puede imponerse por la fuerza a nuestra atención y que nos lleva a alejarnos de él cuando lo encontramos, anulando el llamado que nos hacen sus restantes atributos. Posee un estigma, una indeseable diferencia que no habíamos previsto. Daré el nombre de *normales* a todos aquellos que no se apartan negativamente de las expectativas particulares que están en discusión [las cursivas son del autor].

El estigma se despliega en las sociedades, la mayoría de las veces visiblemente, mientras que en otras ocasiones se encuentra sólo en las ideologías. Goffman establece al menos tres tipos de estigmas, diferentes entre ellos, pero que, a su vez, comparten los mismos rasgos sociológicos inmersos en lo más profundo de las sociedades:

En primer lugar, las abominaciones del cuerpo: las distintas deformidades físicas. Luego, los defectos del carácter del individuo que se perciben como falta de voluntad, pasiones tiránicas o antinaturales, creencias rígidas y falsas, deshonestidad. Todos ellos se infieren de conocidos informes sobre, por ejemplo, perturbaciones mentales, reclusiones, desempleo, homosexualidad, intentos de suicidio [...]. Por último, existen los estigmas tribales de la raza, la nación y la religión, susceptibles de ser transmitidos por herencia y contaminar por igual a todos los miembros de una familia (Goffman, 1986: 14).

Las fronteras entre los países de un continente encierran a su vez ideas y normas que las sociedades (a su vez segregadas en ciudades, comunidades, pueblos, etcétera) consideran como sus ideales de vida. Desde la vestimenta, la tendencia de peinados de moda, los colores de temporada, hasta las creencias espirituales-religiosas, las ideas políticas e incluso el lenguaje adoptado como identificación de una sociedad. Todos estos elementos (y más), sin los cuales estas sociedades no pueden considerarse sistemas donde sus miembros vi-



ven y se realizan, tal como resalta Goffman (1986: 12) al decir que: “El medio social establece las categorías de personas que en él se pueden encontrar”, ya que se rige un cierto orden de las cosas.

¿Cómo es posible identificar estas categorías aceptables de personas en un determinado medio social? La sencillez de la respuesta convierte al concepto de estigma en alarmante: “Un atributo que estigmatiza a un tipo de poseedor puede confirmar la normalidad de otro y, por consiguiente, no es ni honroso ni ignominioso en sí mismo” (Goffman, 1986: 13). De este modo, el motivo de alarma en la persona *normal* está activo ante situaciones diferentes que le confirman una *anormalidad* en el otro: un ciego, el audífono de un sordo, una prótesis, portar un uniforme que remita a algún grupo de AA o drogadicción, etcétera. Son múltiples los ejemplos que se pueden citar para explicar esta condición en alarma adoptada, inconscientemente, tal vez, por aquellos miembros de la sociedad que son considerados como normales.

La exclusión social está totalmente ligada con el estigma. De hecho, como ya lo ha dicho Goffman (1986) y que desarrolla en sus categorías de desacreditado y desacreditable, el estigma de un sujeto se confirma en la ausencia de estigma (al menos físico) del otro. En este sentido, los castrados poseen un estigma del cuerpo que al principio los coloca en desacreditables; es decir, inicialmente la sociedad no los identifica como hombres castrados y, por lo tanto, siguen perteneciendo a ella. En el transcurso de la novela, cuando estos personajes castrados son exhibidos ante las cámaras en estudios de televisión improvisados, cambian automáticamente a ser desacreditados, su calidad de castrado ya es conocida, ahora su estigma es visible, por lo que se les excluye. Esto nos puede hacer pensar que, en algún momento, todos somos desacreditables.

Se considera que, llegados a este punto conceptual, el sentido que se aborda sobre el cuerpo se dirige hacia la no aceptación del grupo que se declara normal de acuerdo con su imaginario, elementos que remiten a campos o estructuras sociales de poder: los excluyentes sobre los excluidos. La marca que identifica a un castrado no puede ser visible, al menos no antes de que éstos sean sometidos a mostrarse en actos sexuales, ¿es por medio de la imagen pornográfica que se transmite en televisión el vehículo de exclusión social?

En la novela, el espacio por excelencia donde prevalece la exclusión es el Moridero; sin embargo, este espacio discordante<sup>1</sup> es revelado como el lugar o vertedero de los castrados y de todas las pérdidas o dolores del mundo. Aunque el cuerpo también es considerado como espacio, como lugar, incluso como objeto que funciona para la preservación de la especie humana, una característica de los castrados o personajes incompletos, al ser cuerpos ininteligibles, es que no tienen nombres propios, como una negación hacia su identidad.

La pérdida en los espacios de la casa y el moridero funcionan como el detonante de una nueva identidad que coloca al personaje en un estado de exclusión. El personaje es consciente de que ha perdido algo más que su miembro viril: perdió la razón de estar, de pertenecer y la oportunidad de crear su propia descendencia. Por otra parte, la imagen televisiva que reciben los espectadores revela una situación de morbo que no pueden dejar de ver, son excluyentes del mismo elemento al que le dan valor: la sexualidad masculina.

Surgen así preguntas como: ¿qué nace de un castrado?, ¿qué implica ese nuevo yo? Es evidente que, ante la nueva situación fisiológica del personaje, algo ha dejado de ser y, por lo tanto, el sentido de su existencia cambia:

Castrar es podar un árbol para que dé más y mejores frutos, castrar es quitar panales a la colmena para obligar a las abejas a que reconstruyan y produzcan mayor cantidad de miel. ¿Qué prospera de un hombre sin verga? (Chávez, 2005: 24).

Esta última pregunta atañe no solamente al personaje castrado, sino a la sociedad que lo rodea, a los sistemas que implican un orden y una integración a éste. El castrado se convierte en un hereje,<sup>2</sup> con su sexualidad perdida y a la vez encontrada (dejar de

<sup>1</sup> De acuerdo con Luz Aurora Pimentel en *El espacio en la ficción* (2001: 9), el espacio representado puede ser de dos formas: de concordancia (como reflejo fiel de la realidad) o de discordancia (textos antirrealistas). Esto implica que podemos identificar las cualidades de un espacio por medio de la descripción que el autor haga de él.

<sup>2</sup> Esta categoría ha sido ampliamente tratada por dos teóricos (por definirlos así) imprescindibles: Pierre Bourdieu y Michael Foucault. Bourdieu explica que los herejes (concepto que se deriva de sus estrategias de subversión en su teoría de los campos) son aquellos que se encuentran en la periferia, "los recién llegados", que cuentan con menos capital (1990: 110); por su parte, Foucault, se refiere a todas esas formas per-



pertenecer para encontrar una nueva forma de existir); los castrados son relegados a una periferia, o a la no existencia. En este nombramiento de obscenidad, vista prohibida, irrepresentación, se habla precisamente del vacío, de la ausencia; es decir, de la pérdida. No hay representación para lo que ya no está: ¿qué es un hombre sin su sexo? El sistema entra en pánico al ver el vacío en la entrepierna del hombre que es exhibido: “Los testículos, el pelo ensortijado y, donde tendría que estar la verga, ninguna verga, una erección de la nada, un entero vacío” (Chávez, 2005: 132).

### Referencias bibliográficas

- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan: Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Buenos Aires: Paidós.
- Chávez, R. (2005). *El fin de la pornografía*. México: Sudamericana.
- Díaz, J.A. (2014). *Eunucos. Historia Universal de los castrados y su influencia en las civilizaciones de todos los tiempos*. España: Almuzara.
- Goffman, E. (2006). *Estigma: La identidad deteriorada*. Tercera edición. Argentina: Amorrortu.
- Méndez, E. (s.f.). *Las posibilidades de la ficción*. Consultado el 20 de agosto de 2017. Disponible en <http://ricardochavezcastaneda.com.mx/temas/entrevista.htm>.
- Pimentel, L.A. (2001). *El espacio en la ficción*. México: Siglo XXI, UNAM.
- Vatsiaiana, M. (s.f.). *Kamasutra*. India: Paramita.

**Recepción:** Abril 3 de 2019

**Aceptación:** Junio 04 de 2019

### Anahí González Hernández

Correo electrónico: [anahi\\_hernandez@ucol.mx](mailto:anahi_hernandez@ucol.mx)

Mexicana. Licenciada en letras hispanoamericanas por la Universidad de Colima. Egresada de la maestría en estudios literarios mexicanos por la misma institución. Ha trabajado desde la perspectiva de análisis simbólico y significados culturales en la literatura.

---

versas “que los psiquiatras entomologizan dándoles extraños nombres de bautismo: existen los exhibicionistas de Lasègue, los fetichistas de Binet, los zoófilos y zooerastas de KrafftEbing, los automonosexualistas de Rohleder; existirán los mixoescopófilos, los ginecomastas, los presbiófilos, los invertidos sexoestéticos y las mujeres dispareunistas” (1998: 28). Tanto Foucault como Bourdieu se basan en estructuras de poder.